

RECENSIONES

INSITITUTO INTERAMERICANO DE ESTUDIOS JURÍDICOS INTERNACIONALES: *El sistema interamericano. Estudio sobre su desarrollo y fortalecimiento*. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1966, XLVIII más 606 páginas.

Una Mesa Redonda de profesores de Derecho internacional del hemisferio occidental, celebrada en San José de Costa Rica en 1963, decidía la creación del Instituto Interamericano de Estudios Jurídicos Internacionales.

Pues bien; en su reunión inaugural de Bogotá, en marzo de 1964, el Instituto acordaba—dentro de un programa de publicaciones—la elaboración de un volumen que recogiese los instrumentos básicos—anotados—del sistema interamericano.

Ahora bien, el surgimiento de un movimiento dirigido a reestructurar y revitalizar el sistema aconsejaba el abandono de la idea tomada en un principio, para pasar a la idea de una exposición—lo más detenida y completa posible—de la estructura, el desarrollo y el proceso de fortalecimiento del sistema interamericano, a fin de contar con los necesarios elementos de juicio para una adecuada evaluación del movimiento de reforma previsto.

Fruto de tal aspiración es la presente obra.

Ella se abre con una introducción, en la cual se traza una panorámica del discurrir del movimiento de integración americana, desde el Congreso de Panamá de 1826 hasta la Segunda Conferencia Interamericana Extraordinaria de Río de Janeiro en 1965 (26 páginas).

La primera parte del volumen tiene por objeto presentar una visión de conjunto de la O. E. A. La razón de tal objetivo reside en la suma complejidad alcanzada por la estructura, las funciones y las actividades del sistema interamericano. En este contexto, la obra del I. I. E. J. I. registra la naturaleza, los propósitos y principios de la organización regional interamericana, su estructura orgánica y la competencia de sus órganos y fija también la atención en el desarrollo y la codificación del Derecho Internacional, en los Derechos humanos y en la llamada democracia representativa (84 páginas).

La segunda parte se consagra al enfoque de los perfiles del arreglo pacífico de las controversias y de la seguridad colectiva. Ella se ocupa de: 1) los instrumentos y mecanismos del arreglo pacífico; 2) la estructura general del sistema de seguridad colectiva; 3) las aplicaciones del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca; 4) el T. I. A. R. y la cuestión cubana; 5) la acción de la O. E. A. en la situación dominicana, y 6) los vínculos sistema americano-O. N. U. Esta evaluación va encaminada a señalar la estrecha relación existente entre el arreglo pacífico de las controversias y la seguridad colectiva (tanto desde el punto de vista orgánico o estructural como desde el punto de vista procesal u operativo). Cuestión de interés. Máxime cuando, en cierto

RECENSIONES

sentido, cabría decir que se trata más bien de dos facetas de un solo y único sistema de paz y seguridad. La importancia del asunto se evidencia con el hecho de que son 184 las páginas que ocupan estos asuntos. Es decir, la sección más extensa del libro.

La cooperación económica y social es el tema de la tercera parte. En 108 páginas se estudian la Alianza para el Progreso (su marco institucional y su marcha) y la llamada integración económica latinoamericana (A. L. A. L. C. e integración centroamericana).

En *postscriptum*—40 páginas—va la relación de la Segunda Conferencia Interamericana Extraordinaria (noviembre 1965), de la Comisión Especial de la O. E. A. para el estudio de las reformas de la Carta de Bogotá (Panamá, 1966) y de la Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de la A. L. A. L. C. (Montevideo, noviembre 1965).

Una buena parte de la obra reseñada (170 páginas) recoge—en apéndices— toda una serie de textos del sistema interamericano—de la Carta de la O. E. A. al Tratado de Montevideo instituyendo la A. L. A. L. C.—. Espacio que hace un excelente servicio. Obsérvese que estamos ante textos—de diferente alcance— no siempre fáciles de disponer en una misma publicación.

También en apéndice se incluye la relación y el estado de los Tratados y Convenciones interamericanos; apartado interesante de verdad.

El volumen concluye—en apéndice final—con una sucinta bibliografía (cinco escasas páginas).

Interesa destacar que, en la preparación del volumen comentado, el I. I. E. J. I. ha contado con la cooperación de funcionarios de la Unión Panamericana y del Banco Interamericano de Desarrollo. Su publicación—en inglés y en castellano—ha sido posible gracias a fondos donados por la benemérita Fundación Ford y, por lo que se refiere a la edición en castellano, a la contribución económica del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Aparte, en este punto, ha de mencionarse la colaboración del dinámico Centro de Estudios Jurídicos Hispanoamericanos del citado Instituto de la capital de España.

Buena conjunción de voluntades que ha dado como resultado un útil instrumento de trabajo para el estudiante de la organización internacional y de rápida y fácil consulta para el especialista de las relaciones internacionales.

En fin, en unos momentos en que el sistema interamericano se halla sometido a tensiones de variado tono, la obra reseñada llega, pues, en un momento oportuno.

Ahora bien, la máxima interrogación radica en el extremo de acertar a aprehender el rumbo pertinente, a tenor de las exigencias de nuestra acuñante época. De ahí, por tanto, la justeza de esta pregunta esgrimida—página 419—en el volumen comentado: ¿no se está corriendo un serio riesgo de que ante la necesidad de superar los obstáculos de orden jurídico y político que la reforma formal de la Carta de Bogotá lleva consigo, se carezca de la audacia requerida para que el proceso—en marcha—de transformación y fortalecimiento del sistema interamericano pueda continuar su trayectoria?

LEANDRO RUBIO GARCIA.

BRIAN PORTER: *Britain and the Rise of Communist China*. Londres, Oxford University Press, 1967. 195 páginas.

Este libro, de alcance y acción limitada—se presenta como un estudio de las actitudes británicas entre 1945 y 1954—es, con todo, una adición valiosa a la larga, casi interminable, lista de obras que hacen posible acumular cono-

RECENSIONES

cimientos sobre una de las cuestiones más apasionantes de nuestro tiempo. Y acaso menos conocidas también, a pesar de lo mucho que sobre ella se llevaba hablado y escrito.

Como se podía esperar en un libro como este, de marcado carácter histórico, empieza con una introducción que busca explicar en unas cuantas páginas la naturaleza y desarrollo del comunismo en China. A pesar de los años que han pasado desde que el comunismo empezó a tener verdadera importancia en China, hacia el final de la segunda guerra mundial, que es el punto de partida del doctor Porter—largamente en contacto con las relaciones internacionales, el tema de su especialidad y de su enseñanza, en el Colegio Americano de Francia, en la Universidad de Jartum y actualmente en el Colegio Universitario de Gales—, y a pesar del tono ingenuo que parece tener, al ser leídos de nuevo pasado el tiempo, muchos de los comentarios y observaciones que entonces estaban de moda, lo cierto es que hay motivos para sospechar que no está injustificada la actitud de muchos sinólogos al dejar bien sentado, desde el principio, el carácter fragmentario e insuficiente de sus propios conocimientos. No por no haber sido estudiado y vuelto a estudiar, sino porque casi en cualquier momento se corre el riesgo de tropezar con sorpresas que resultan poco menos que incomprensibles.

Las dificultades empiezan para muchos en la actitud que más de una vez busca suplir con mucha simpatía la falta de conocimientos adecuados. Observa el doctor Porter que incluso entre las personas intelectualmente formadas se llegó a tener de los chinos un concepto, en particular en los tiempos de esa segunda guerra mundial, que «les hacía aparecer como un campesinado tenaz, paciente y patriótico, que ocupaba el lugar honorable de ser el primero en ser atacado, el de mayor duración en la resistencia, entre todas las naciones aliadas, contra el militarismo y la agresión. Su dirigente, Chiang Kai-chek, estaba considerado generalmente como uno de los hombres grandes de su tiempo. Su éxito al inspirar al pueblo para continuar la lucha, a pesar de pérdidas y sufrimientos inmensos, le dio una estatura que no había sido alcanzada por ningún otro chino. Tenía, es más, como sucesor de Sun Yat-sen, una alta reputación como liberal, y esto, junto con el hecho de haberse convertido al cristianismo, completó el cuadro favorable que muchas gentes inglesas y norteamericanas se habían formado de él.»

Contra la China de este hombre, contra este hombre también, el comunismo estuvo largamente empeñado en una lucha agria, dura, cruel y, con demasiada frecuencia, ferozmente sanguiñaria. Algo que no se podía comprender bien en un ambiente que se había imaginado como característicamente pacífico y sufrido y tolerante y, cuando no quedaba otra salida, resignado también. Para que las dificultades fuesen mayores, el comunismo estuvo preparándose, casi invernalmente, en un paraje remoto, casi totalmente inaccesible, en las cuevas de Yanan donde se desarrolló, en el caso de no poder decirse con entera propiedad que se había formado también un régimen que podría haber sido «autoritario en fin de cuentas, pero que en muchos aspectos era democrático» y «colaboraba con todas las clases, distribuía la tierra, trabajaba con eficacia y honradez e inspiraba entusiasmo. Es más, con lo poco con lo que podía luchar, salvo las armas fabricadas localmente o capturadas, los comunistas llevaron a cabo una campaña guerrillera contra los japoneses muy extendida y a la vez triunfante». Más de una vez los intentos hechos por entablar algún contacto con los comunistas chinos de aquella época tropezaron con resistencias y demoras y, finalmente, incluso con «alguna interferencia del censor de Chungking», que fue durante algunos años la capital de la China de Chiang Kai-chek.

Todo parecía ayudar en la creación de un ambiente extraño y un poco romántico que ayudó mucho, por lo menos, a llegar a conclusiones como aquella

de «The Times» de Londres, al decir, en un artículo de fondo, el 25 de enero de 1945: «El sistema de Yenán no es comunismo; se parece a una democracia agraria». Eso del «comunismo campesino», del sistema «socialista agrario», la «democracia agraria» y cosas por el estilo llegó a estar tan extendido, a prevalecer de tal modo que cuando el general Marshall llegó a China con el encargo importante de llevar a cabo una misión especial acabó produciendo la impresión de que para él eran más dignos de simpatía—de ayuda incluso—los comunistas que los nacionalistas del generalísimo Chiang.

A la idea un poco especial que se ha tenido con frecuencia del comunismo chino ha contribuido no poco la actitud adoptada por la Unión Soviética, por Stalin sobre todo. En los años críticos de 1945 y 1946, al terminar o después de terminada la segunda guerra mundial, seguía sin llegar la ayuda que la Unión Soviética no les había podido prestar en los años inmediatamente precedentes, quizá por algo tan fácil de comprender como la imposibilidad de ayudar cuando en realidad lo que hacía falta en la U. R. S. S. era la ayuda, y en vasta escala, además. Pero la ayuda, que no llegó tampoco después de terminada la guerra, ni en armas ni en medicamentos angustiosamente necesitados, pudo acabar llamando un poco la atención, en cualquier caso a partir de esos momentos y una vez vista la actitud de Stalin, al firmar el 14 de agosto de 1945 un tratado de amistad y alianza con Chiang Kai-shek, lo que daba pie para suponer «que no tenía interés en el comunismo chino y estaba dispuesto a verlo sojuzgado por el reconocido Gobierno de China».

Ahora, al leer cosas como ésta, resulta un poco curioso pensar en que Stalin acabó siendo una de las grandes figuras, honradas y queridas, del comunismo chino. Pero son tantas, después de todo, las cosas que se han visto y oído, que es como para llegar a la conclusión de que la única razón de ello está en que, durante algún tiempo al menos, Stalin llegó a ser una de las grandes figuras del comunismo más criticadas y censuradas por los dirigentes del Kremlin, que también acabaron siendo los peores, más resueltos y más odiados enemigos de los comunistas chinos.

Aunque sólo sea de pasada—apenas podría encontrar el doctor Porter sitio para nada más—se encuentran asimismo por aquí observaciones que hacen pensar en que muchas de las dificultades con que ha tropezado el Gobierno británico en sus relaciones con el régimen comunista, reconocido a partir del momento en que terminó la conquista de la China continental, en contra del consejo norteamericano, pudieran tener su origen en la falta frecuente de armonía y colaboración entre Washington y Londres en relación con una cuestión que tenía, después de todo, importancia para Inglaterra, aun cuando su posición por el Pacífico había quedado sumamente debilitada. Especialmente difíciles fueron, dice el doctor Porter, las relaciones o algún aspecto de las relaciones anglonorteamericanas en los días de John Foster Dulles en el Departamento de Estado. Por ejemplo, dice: «En abril de 1954 Dulles informó a Eden que era contrario a la inclusión de la India en su propuesto sistema de seguridad para el Sudeste Asiático y que cualquier intento por introducirla tendría como respuesta la inclusión de Formosa. Sin embargo, ante la insistencia de Eden, accedió a que la cuestión, en su totalidad, fuese discutida previamente con los Gobiernos de la India y otros países. Con todo, y en el plazo de tres días, el secretario de Estado (Dulles) había invitado a una reunión en Washington a los representantes de su propia designación, con la exclusión de la India. En un mensaje al embajador británico en Washington, Eden escribió: «Los norteamericanos pueden pensar que ha pasado la hora en que necesitan ellos tomar en consideración los sentimientos o las dificultades de sus aliados. Se tiene el convencimiento de que esta tendencia se va haciendo más pronunciada cada semana y va creando mayores dificultades

RECENSIONES

para todos los que en este país quieren mantener unas relaciones anglonorte-americanas íntimas...» Este comentario un tanto amargo—añade el doctor Porter—es sólo una indicación más del alcance a que incluso un Gobierno conservador se encontró con que se iba desvaneciendo la simpatía con que eran contemplados los programas y actitudes oficiales norteamericanas desde la llegada de los republicanos al poder».

JACINTO MERCADAL.

FERNANDO MORÁN: *El nuevo reino. Sentido de la política en Africa negra.* Editorial Tecnos, Madrid, 1967. 256 páginas.

Entre los horizontes políticos de carácter mundial que han pasado a ocupar uno de los planos más destacados durante los últimos diez años destacan, sin duda, los del conjunto de países africanos; sobre todo los de la llamada «Africa negra». En el aumento de la presencia de sus posibilidades y sus problemas, obran sin duda dos clases de factores. Uno de ellos es el papel que dicha Africa negra desempeña como sector de mayor evidencia y agudización de cuestiones entre el conjunto del Tercer Mundo de los países y los pueblos ex-colonizados y subdesarrollados. El otro factor se refiere a los sentidos de los valores regionales africanos en sí mismos.

Respecto al Tercer Mundo, el nacionalismo ha sido el gran motor de la revolución anticolonial contemporánea, así como su principal repertorio ideológico. En cuanto al nacionalismo de Africa negra, ha desempeñado algunos de los papeles más incisivos y combatientes. El negrismo general o pannegrismo ha sido definido como ideología continental; pero en sus comienzos sólo ha servido para afirmar sus nacionalidades nacies, al mismo tiempo que los nuevos Estados que nacían al Sur del Sájara se esforzaban en separarse de lo colonial.

El segundo factor, o sea, el de los sentidos de los valores africanos en sí mismos, es el que actúa para intentar fundamentar con rigor el nacionalismo y sus valores constructivos; la estructuración de las ideologías del negrismo, que en su nacimiento ha tropezado con una gran contradicción. Esta es la que si el nacionalismo común de los Estados afronegros les lleva a unas tendencias de unión entre ellos tanto como de aislamiento (o al menos, de recelo) frente a las influencias externas (en las cuales temen que sean intentos de neocolonialismo), su modernización exige precisamente el aumento de los apoyos extranjeros. La ideología defensiva y aislacionista contradice así en sus efectos al impulso de adelanto que ha nacido con las independencias.

Fernando Morán, en su reciente libro «El nuevo reino», sobre el sentido de la política en Africa negra, fundamenta la esencia del nacimiento de dicha política y de su desarrollo estructural, en una homogeneidad de sus valores genuinos. Así hace observar que el nacionalismo negro panafricano no ha surgido como una afirmación contra uno o varios Estados extranjeros determinados, pertenecientes a su misma familia y tradición (como fueron los movimientos que en el siglo XIX europeo asentaron la estructura de la comunidad internacional en una teoría de las nacionalidades). El nacionalismo negro ha nacido como reacción contra ciertos principios extraños e impuestos que se derivaban de la creencia en la supremacía del hombre blanco.

Sin embargo, al pasar desde la negativa contra lo colonial a la edificación de los Estados post-coloniales, los países afronegros se encuentran con muchas limitaciones. Las nuevas naciones africanas tropicales carecen de un particularismo cultural suficiente entre ellas mismas para poder justificar las

diferenciaciones en fronteras. El antecedente de que éstas fuesen fijadas caprichosamente en el Congreso de Berlín es el que ha hecho luego que el nacionalismo de Ghana, Kenya o Dahomey se haya definido no según tradiciones particulares, sino frente a lo europeo. Además de que la escasez de fronteras históricas anteriores a la colonización se une ahora a la escasez mayor de fronteras geográficas nacionales.

Esta misma vaga impresión de antecedentes y de contornos geopolíticos es la que más obliga a que los nacionalismos regionales de los países de las cuencas del Congo y el Níger o de las costas que dan al Océano Índico, se apoyen más en lo continental y lo racial que en los localismos. Las ideologías del negrismo y el panafricanismo tienen que asentarse sobre la proclamación de sus propias especificaciones.

Fernando Morán señala que otra consecuencia importante de la unificación de los nacionalismos negros respecto a lo internacional es la voluntad del neutralismo y el aislacionismo.

Las amenazas de implicación en los conflictos de las potencias mundiales (conflictos a los cuales los afronegros se sienten extraños), aumentan sus deseos de quedar al margen para tener tiempo de hacerse o rehacerse. Es característico de la situación actual de los países africanos, que las actividades políticas ocupan un lugar más importante que en las naciones más desarrolladas. En ellos casi no existen clases sociales, pero la vida política se alimenta sobre todo del esfuerzo para que el resto del mundo les reconozca como iguales. Y de que se les reconozca a todos a la vez. Todos africanos, todos de color, todos ex-coloniales.

Así, pues, el empeño de totalidad viene a ser el rasgo más característico de las tendencias políticas en África negra. El referido libro expone y analiza sucesivamente las expresiones de esa totalidad en lo cultural, lo político y lo social.

Un punto de partida de este triple campo de acción ha sido el que la toma de conciencia del protagonismo histórico de las comunidades afronegras, al manifestarse en los objetivos políticos de la independencia y africanización del personal gobernante, o en lo económico de corregir las formas de intercambio, proceden de una profunda toma de conciencia. Al exaltar el negrismo («négritude») y la «africanidad» los portavoces nacionalistas buscan potenciar y prestigiar el pasado pre-colonial y la legitimidad de sus más remotos valores. Quieren curarse así del trauma de inferioridad y las sensaciones de desposeimiento producidas por la colonización. Luego, con las independencias, las doctrinas de apologías históricas se llevan a los programas políticos. Fernando Morán dice que estos mitos tienen la función concreta de superar la indigencia en la formación de las nuevas comunidades nacionales; pero su perduración después de las independencias puede llevar a una obsesión narcisista.

De todos modos «la descolonización es algo más que una operación política: es una magna operación antropológica realizada simultáneamente a una escala desconocida hasta ahora en la historia».

El equilibrio, o al menos una parte de él, se recupera por el hecho de que los principales instrumentos de formación y expresión en las defensas de la «négritude» han sido y siguen siendo lenguas extranjeras como el francés y el inglés. Su expansión y su creciente arraigo no proceden sólo de la colonización, sino de que por una parte en África negra conviven de 700 a 1.000 lenguajes y dialectos (lo cual dificulta la fijación de grandes lenguas nacionales) y además casi no existen literaturas vernáculos escritas. Así, en la Conferencia continental de Addis Abeba, que en mayo de 1963 estableció la O. U. A. (Organización de Unidad Africana), el artículo 29 de su Carta estipulaba que los idiomas de trabajo serían el francés y el inglés y «las lenguas africanas cuando ello fuere posible».

En lo político, las metas generales del nacionalismo afronegro tienden a alcanzar el ideal definido como un «Nuevo Reino»; que es el empeño de una especie de síntesis complementaria entre la reflexión y el mito, entre los símbolos y los programas. Las doctrinas políticas europeas, desde los siglos XVIII y XIX se refieren sobre todo a unas explicaciones de los elementos integrantes de la sociedad y a unos programas para su reforma. Existe en ellas una remisión a una imagen racionalizada de cómo es y cómo debería ser la sociedad política. Pero para el negrismo lo que importa es fundir el pasado y el futuro dentro de una continuidad, en la cual lo tradicional cambia de forma pero no de fondo. Así, Leopold Sedar Senghor (el más conocido definidor de la «négritude» y presidente de la República del Senegal) decía el año 1961 dando una conferencia en Oxford, que «la idea de la negritud, de la africanidad se expresa a través de las imágenes arquetípicas del alma colectiva». Son unos mitos del pasado que se formulan como medios de salvación para el presente. Por ello la política de Africa tiende a lo que Fernando Morán llama «el Nuevo Reino», o sea, la ascensión a un tiempo real y libre que convierta en un hombre pleno al hombre africano disminuido.

Por último, respecto a lo social, el empeño de totalidad no es un esfuerzo de simplificación. «No se trata de proclamar que es mejor que la sociedad sea simple o unitaria o elaborar una teoría revolucionaria destinada a reducir la estructura social eliminando la pluralidad de clases o convirtiendo al Estado en encarnación de la comunidad natural.» Lo que ocurre es que se proclama un excepcionalismo africano respecto a las soluciones y doctrina políticas occidentales, puesto que la infraestructura es diferente. Los políticos africanos creen que la homogeneidad de los países y los pueblos negros deben ser el soporte de sus independencias y sus unificaciones, que sus Estados son el pueblo sin intermedios, la nación que ha tomado conciencia política (aunque los recientes golpes de Estado anuncien nuevas pugnas de clases y generaciones).

Entretanto gran parte de los esfuerzos nacionales de articulación tienden a que uno de los valores máximos sea el del populismo tradicional, el del socialismo a la medida del negrismo, el del comunismo racial de las sociedades agrarias. De la aldea y la tribu con su cooperativismo natural se asciende a las instituciones de protección comunal nacional. Se tiende a que la solidaridad comunal desemboque en unas solidaridades nacionales sin alineaciones, sin estamentos sociales separados, sin nuevos desniveles de dominadores y dominados.

Una derivación del tribalismo y el populismo es la exaltación del campesinado revolucionario, el empeño de erigir a los campesinos en protagonistas de la revolución frente a los grupos de aquellos «evolucionados» que tienden a heredar los controles de los antiguos poderes coloniales. Es una doctrina que, aunque teóricamente recuerda las de Mao Tse Tung, tiene un empeño original de africanismo nativista, y procede de una apología de lo espontáneo como factor revolucionario. Aunque cada vez tienden a aumentar más las masas industriales en las zonas mineras y las grandes urbes.

De todos modos las actuales sociedades nacionales en Africa tropical proporcionan algunos de los mejores ejemplos de potencialidades políticas para tratar de salir del infradesarrollo. Y es muy grato ver que en lengua española se ha escrito sobre ese tema uno de los mejores libros, más completos, mejor documentados y más expresivos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

